

Por qué Blas de Otero tenía razón

Bernardo Atxaga ha cambiado. En su manera de leer, de ver la realidad, de concebir la poesía. Se ha dado cuenta al revisar uno de sus 'abecedarios', el que dedicó hace quince años al poeta Blas de Otero. Entonces le admiraba, pero con reservas. Ahora se pregunta: ¿En qué tenía razón?

Atxaga, que hace 30 años debutó con la poesía experimental de 'Ziutateaz', vuelve a Blas de Otero y le dedica hoy en Bilbao una conferencia -en la forma de un revisado 'abecedario'- para conmemorar el 50 aniversario de 'Pido la paz y la palabra'. Se celebrará en la biblioteca de Bidebarrieta a las siete y media de la tarde, gracias al Ayuntamiento y a la Fundación Blas de Otero.

Según Atxaga, él demostró que los poemas no pueden mirar sólo hacia sí mismos, hacia la literatura, sino que deben tener un anclaje exterior. Los de su generación lo encontraron en la religión o en la política. Quizá eso ya no valga, pero sí la convicción de que debemos dirigirnos a la sociedad, a la gente, se mantiene.

Si la literatura no tiene un anclaje fuera de sí misma se convierte en nada, en algo insustancial. Atxaga entona aquí el 'mea culpa', pues confiesa que su propia poesía ha tenido algo de ensimismamiento y otro tanto de diversión conceptual. Ahora no ve esa clase de estética con posibilidades de futuro.

Aristocracia rancia

Los escritores se dividen entre los aristocráticos y los democráticos, a juicio de Atxaga. La primera categoría la forman los que se creen portadores de la llama divina y se sienten superiores a los demás. Están merecidamente a la baja y tienen ya un fuerte sabor a rancio. Los otros son los que piensan que un autor es casi una persona normal. De hecho, la escritura se entiende cada vez más a menudo como un oficio, como lo pueden ser otros muchos.

Para Atxaga, Blas de Otero pertenece a los democráticos, aunque también le achaca alguna exageración. Los poetas sociales hablaban desde un 'nosotros' sin apenas fisuras, pensaban que ellos eran la voz y la garganta de un pueblo, de cuerpo definido, compacto y homogéneo. Hace quince años, esto me parecía imposible y aún me lo sigue pareciendo.

En el 'abecedario' que leerá hoy el escritor guipuzcoano en el biblioteca de Bidebarrieta, en la letra 'f', aparece la entrada 'fe'. Él creía en paraísos que luego se han revelado como auténticos infiernos. Yo estuve en la URSS en 1980 y pude comprobarlo.

La literatura de Blas de Otero le llegó tarde a Atxaga, porque al autor de 'Pido la paz y la palabra' se le había metido en el cajón de la poesía social. El primer 'abecedario' que escribió muestra ese alejamiento. Sin embargo,

estaba la cercanía de gente muy querida a la que le gustaba Blas de Otero. Yo empecé a admirarle a través de la admiración de los demás. Gabriel Aresti tradujo al euskera algunos de sus poemas, y para mí Aresti siempre ha sido una referencia. Mi hermano Iñaki también le admiraba y, de hecho, he trabajado para esta conferencia con unos libros de Otero llenos de anotaciones suyas. También me acuerdo de la admiración que le tenía José María Valverde, que me daba clases cuando estudiaba Filosofía en la universidad de Barcelona.

El autor de 'Obabakoak' no alberga dudas sobre la calidad de la poesía de Blas de Otero. Tiene un asombroso oficio de poeta, que lo demuestra en la música, en los juegos de palabras, en el dominio del endecasílabo, en el humor de la última época. Ésta es una de las razones por las que se mantiene ahora con fuerza, por encima de los encasillamientos en la poesía social.